

LA PLEBE

Sentiría no haber nacido plebeyo.

Será una debilidad, pero me enorgullece la idea de que mis ascendientes fueran esclavos y siervos, desgastaran con sus desnudos cuerpos las piedras de los calabozos y murieran en el cadalso.

Las cadenas que sujetaron sus pies, los garfios que desgarraron sus carnes y los instrumentos del suplicio donde terminaron su vida, forman los cuarteles de mi escudo, así como mi blasón los suspiros que la angustia arrancó de su pecho, los gritos de rabia que les produjo el dolor, y la sangre que vertieron en el martirio.

Recuerdo que era casi un niño cuando visité las ruinas del Anfiteatro de Mérida. La tarde terminaba, y los últimos rayos del sol coloreaban aquellas piedras parduzcas.

Mi imaginación reconstruyó el edificio que tenía ante mi ojos, y vi salir a las fieras de sus cubiles y lanzarse sobre los esclavos y destrozarlos y devorarlos, y a las bellas matronas agitar sus pañuelos, en tanto que yo caía de rodillas al reconocer en aquellos cuerpos ensangrentados los huesos de mis huesos, la carne de mi carne.

Nunca he pasado por las inmediaciones de un castillo feudal sin figurarme que veía colgando de sus almenas un antepasado mio que pagaba con su vida mi rescate.

¡Cuántos obstáculos vencidos, sacrificios soportados y existencias consumidas en la lucha por la libertad y el derecho! ¡Cuántos oscuros héroes ofreciéndose en holocausto, para que hoy podamos nosotros alzar altivos la frente y mirar de igual a igual a todos!

Por eso desprecio al degenerado plebeyo que reniega de su estirpe, y más si pertenece a la clase inteligente que debería sobreir al ver en pleno siglo XX personas enamoradas de tales pequeñeces.

Un escritor plebeyo adulando a la aristocracia, cantando sus glorias, entusiasmándose con el recuerdo de tiempos que indignan o avergüenzan, o aceptando un puesto en un rincón de sus salones para pagar al día siguiente el hospedaje con un artículo describiendo la fiesta, es para mí un mercachifle de palabras sin dignidad ni orgullo. ¡Y si a lo menos lograra confundirse con los que adula! Mas no: la aristocracia se resigna a lo que no puede

evitar, pero levanta siempre una barrera entre ella y las demás clases.

Y hace bien. ¿Cómo no creer en su superioridad al verse ensalzada por hombres de inteligencia, salidos de las filas de la plebe y que se disputan la honra de servirla, el honor de distraerla?

¿Si efectivamente habrá esclavos por naturaleza?

JOSÉ NAKENS.

EL SOBRIO Y EL GLOTON

Había en un lugarón dos hombres de mucha edad, uno de gran sobriedad, y el otro gran comilón.

La mejor salud del mundo gozaba siempre el primero, estando de enero a enero débil y enteco el segundo.

—¿Por qué,—el tragón dijo un día,—comiendo yo mucho más, tú doble más gordo estás? No lo comprendo a fe mia.

—Es,—le respondió el frugal,—y muy presente lo ten, porque yo digiero bien, porque tú digieres mal.

Haga de esto aplicación, el pedante presumido, si porque mucho ha leído piensa tener instrucción.

Y siempre que a juzgar fuere, la regla para sí tome:

*No nutre lo que se come,
sino lo que se digiere.*

CONCEPCIÓN ARENAL.

El optimismo y el pesimismo no tienen, en verdad, razón de ser. Elimínese el sentimiento como órgano del juicio—otras, y no menos nobles, son las funciones del sentimiento—, y no hay por qué exaltarse ni deprimirse ante los hechos humanos. ¡Qué diríamos de un astrónomo si se sintiera atacado de pesimismo o de optimismo al averiguar la fecha exacta de un eclipse de sol? Dudaríamos de su estado mental. Pues también en el mundo ¿del hombre cabe no calcular el acaecimiento de los fenómenos; pero sí explicarlos. Y una vez explicados, descubiertas sus causas, no hay por qué entristecerse o alegrarse, sino tomarlos como un hecho natural que puede convertirse en otro hecho contrario. *Luis Arquistain.*